

Stephen J. Pyne (*Year of the Fires*, 2001, p.276) escribió sobre la propia versión de Pulaski del gran Blowup como sigue: “En 1923 *Forestales americanos* organizó un concurso de relatos... Los amigos animaron a Pulaski a participar. Había un premio de 500 dólares que él podía usar como ayuda para cubrir los gastos médicos que aún persistían desde su terrible experiencia. Él dictó su historia a Emma, quién le ayudó a escribirla. “Rodeados de incendios forestales”, que describe dramáticamente su lucha y supervivencia en el túnel en unas 1400 palabras ganó con facilidad el concurso. El gran Ed Pulaski no volvió a escribir una palabra más sobre los grandes incendios ni, de alguna otra manera, habló sobre ellos de manera oficial.

## **RODEADOS DE INCENDIOS FORESTALES**

Mi experiencia más emocionante como ranger forestal

Por E. C. Pulaski

Ganador del primer premio del concurso de relatos de rangers forestales.

En el verano de 1910 los incendios forestales arrasaban las montañas Coeur d’Alene en el norte de Idaho. No había llovido hacía semanas, y los bosques estaban tan secos como nunca antes los había visto. El calor intenso del sol combinado con fuertes vientos que surgieron durante el día sirvieron para propagar los incendios en todas direcciones. Retenes de varios cientos de hombres estuvieron trabajando veinticuatro horas al día por toda la montaña tratando de controlar los fuegos.

El Supervisor de la Reserva Nacional del Coeur d’Alene, cuya oficina central estaba en Wallace, Idaho, me había detallado que fuese de un campamento a otro para dirigir a los hombres en la lucha contra las llamas, y para asegurarme de que los empaquetadores distribuyeran los suministros adecuadamente. Aunque trabajamos día y noche e hicimos todo lo que se pudo para controlar los incendios, sólo se hizo un pequeño progreso a causa de la extrema sequedad del bosque y los fuertes vientos.

El 20 de agosto un terrible huracán se desató sobre las montañas. Esto avivó los incendios y los propagó por millas. El viento era tan fuerte que los hombres casi caían de sus sillas de montar, y los cañones parecían actuar como chimeneas a través de las cuales el viento y el fuego avanzaban con el rugido de mil trenes de mercancías. El

humo y el calor se volvieron tan intensos que hacían difícil respirar. Los hombres que empacaban los suministros rehusaron ir a sus destinos, arrojaron su carga, y regresaron a Wallace. Miles de dólares en mantas y suministros se perdieron así.

Aquella tarde el viento avanzaba por las montañas en círculos y enlazaba los incendios. A los hombres de aquellas montañas nos parecía que la Tierra entera estaba en llamas. Algunos en realidad pensaban que se trataba del fin del mundo. Bajo tales condiciones, hubiera sido peor realizar intentos temerarios de luchar contra el fuego. Se trataba de salvar nuestras vidas. Monté mi caballo y fui donde pude reuniendo hombres. La mayoría de ellos no estaban familiarizados con la zona, y yo sabía que para salir de allí tendrían que ser guiados, pero aquellos que reuní estaban tan bloqueados por el pánico que resultaba muy difícil hacerles comprender lo que quería hacer. Para empeorar las cosas todo se había vuelto muy oscuro a pesar de que apenas pasaba del mediodía.

Finalmente reuní 45 hombres. Casi perdí la voz tratando de levantarla sobre el ruido del fuego y el viento, pero finalmente conseguí hacerles entender que si agarraban las mantas traídas del campamento y hacían lo que les dijese habría una oportunidad de salvar nuestras vidas; de otro modo se quemarían y morirían. Los árboles caían sobre nosotros retorcidos por el fuego y el fuerte viento, y resultaba casi imposible ver a través de la oscuridad del humo. Si no hubiera sido por mi conocimiento de los caminos de la zona nunca habríamos salido vivos de allí, ya que estábamos completamente rodeados por el fuego embravecido.

Mi única esperanza era alcanzar un viejo túnel minero que sabía que no quedaba lejos de nosotros. Corrimos en su busca. En el camino un hombre murió aplastado por un árbol. Llegamos a la mina justo a tiempo, apenas cuando el fuego trepaba por nuestra senda. Ordené a los hombres que se tumbasen boca abajo sobre el suelo del túnel y que no se atrevieran a sentarse a menos que quisieran asfixiarse, ya que el túnel estaba filtrando gases y humo del incendio. Un hombre trató de escapar al exterior, lo que significaría una muerte segura. Yo les encañoné con mi revólver y les dije:

“Dispararé al próximo que intente abandonar el túnel”

No tuve que usar mi arma.

Dos caballos estaban en el túnel con nosotros. El que yo montaba se lo había dado a un hombre mayor que no podía seguir nuestro ritmo hacia el túnel. A menudo me pregunto qué ocurrió con el oso que seguía desesperado nuestro camino. Pero en aquel entonces no podía pensar en caballos ni osos. Fuera del túnel el cañón era un horno enfurecido. Las vigas de la mina comenzaron a arder, así que me quedé en la entrada y colgué

mantas mojadas sobre ellas tratando de mantener las llamas fuera rellenando mi sombrero con agua que afortunadamente había en la mina, y arrojándola sobre las vigas incendiadas.

Los hombres mostraban señales de pánico, algunos llorando, otros rezando. Muchos de ellos pronto quedaron inconscientes del terrible calor, humo y gases. Las mantas húmedas comenzaron a arder, y tuve que cambiarlas por otras empapadas de agua. Pero yo también me desmayé finalmente. No sé cuánto tiempo permanecí en esas condiciones, pero debieron ser horas. Recuerdo escuchar a un hombre que decía: “Salgamos, muchachos, el jefe está muerto”. Yo respondí: “Como el infierno que lo está”. Me levanté y sentí aire fresco circulando a través de la mina. Los hombres volvían en sí. Eran las 5 de la mañana.

Tratamos de levantarnos, pero nuestras piernas no nos sostenían, así que nos arrastramos fuera hasta el arroyo para mitigar nuestros labios y gargantas castigados. Nuestra desilusión fue terrible cuando encontramos el riachuelo cubierto de cenizas y el agua demasiado caliente para beber. Conté nuestro número. Cinco estaban desaparecidos. Algunos de los hombres regresaron y trataron de despertarles, pero estaban muertos. Como el aire se volvía más claro, cogimos fuerzas y finalmente fuimos capaces de tambalearnos sobre nuestros pies y emprender camino a Wallace. Tuvimos que recorrer nuestro camino sobre troncos ardientes, y a través de restos humeantes. Cuando nos fallaron las piernas, gateamos sobre nuestras manos y rodillas.

Apenas sé cómo conseguimos llegar. Estábamos en condiciones lamentables, todos heridos o quemados. Yo estaba ciego, y mis manos estaban quemadas de intentar mantener el fuego fuera de la mina. Nuestros zapatos estaban quemados sobre los pies y las ropas hechas jirones. Estábamos cubiertos de cenizas y barro. En algún momento de la mañana una partida de rescate nos encontró. Esos hombres habían tenido momentos duros por su parte y estaban en pobres condiciones de ayudarnos. Más tarde, como nos arrastramos a través de Placer Creek nos encontramos con algunas mujeres de Wallace. Tenían café caliente y whisky, y aunque apreciamos la amabilidad de aquellas valientes mujeres, no pudimos beber nada más que agua.

Finalmente llegamos a Wallace y nos alojaron en diferentes hospitales. Aquellos que habían fallecido fueron transportados más tarde en caballos. Parte de Wallace había ardido en el mismo incendio, así que cuando me vendaron las heridas insistí en ir a mi casa para asegurarme de que mi mujer y mi hija estaban bien. Conseguí un hombre para guiarme, ya que el mundo se volvió negro para mis ojos, pero cuando encontré mi casa

y a mi familia a salvo me enviaron de vuelta al hospital, donde permanecí cerca de dos meses con ceguera y neumonía. Mi experiencia me dejó mala vista, piernas débiles y dolor de garganta, pero gracias a Dios, hoy ya no estoy ciego.



Imagen de supervivientes del accidente